

# (Des)información y realidad

Terrorismo sangriento, bioquímico, cibernético... pero también terrorismo mediático y terrorismo de Estado\*

Francisco Javier Gómez Tarín

Los trágicos acontecimientos del pasado 11 de Septiembre no han dejado a nadie indiferente; sobre todo, claro está, a los estadounidenses (al pueblo y a los gobernantes - separación no ociosa, toda vez que no debemos incluirlos en el mismo grupo de reflexión). Arremete detrás la amenaza del ántrax y la tensión sempiterna por un nivel de seguridad que se presumía alcanzado y que ha demostrado ser irrisorio, pero también la situación de guerra abierta contra un enemigo invisible que se pretende materializar en el talibán (a fin de cuentas, en Afganistán) y que es la supuesta respuesta a una fuerza terrorista con capacidad para actuar a nivel internacional (¿no suena un tanto a los “contubernios” del pasado?).

Frente a tal amenaza, la respuesta debe ser contundente, en la visión estratégica del Sr. Bush y sus colaboradores. Guerra, pues, contra Bin Laden, contra el talibán y, si se tercia, contra Irak, contra Sudán, incluso contra la casi olvidada Libia y, ¿por qué no?, hasta contra Cuba. Guerra para devolver el golpe sangriento e inhumano, guerra sin cuartel en la que todo el que no se alíe con USA

---

\*Publicado en Revista *DISENSO*, núm. 35, Sociedad de Estudios Canarias Crítica, La Laguna, 2002. Págs. 28-29.

sea automáticamente un terrorista internacional.

Y la diatriba funciona: los países se apresuran a apoyar al monstruo yanqui, tan necesitado de ayuda (no mencionemos el patético caso de Aznar suplicando que se escuche su afán de colaborar dónde, cómo y hasta el límite que se le pida, que pasa desapercibido en un mundo donde España tiene poco que decir y nada que contar); las organizaciones internacionales comprenden y comparten los ataques contra Afganistán, al tiempo que lamentan los necesarios “daños colaterales”; los medios de comunicación “voluntariamente” dejan de emitir los comunicados de Bin Laden y cualquier tipo de información no “filtrada” por los servicios de inteligencia... Pues bien, ¿de qué se nos informa entonces?

Seamos prácticos. Si una semana más tarde de los ataques suicidas a las torres gemelas casi todas las televisiones de nuestro país ya difundían un documental de una hora de duración sobre Bin Laden y su voluntad terrorista, ¿dónde y cómo lo compraron?, ¿cuándo lo tradujeron?, ¿qué mecanismos lo llevaron a la parrilla de todas las cadenas con casi simultaneidad?, y, más interesante, ¿cuándo se filmó?. Todo esto recuerda la Guerra del Golfo y la gran cantidad de

embustes mediáticos que allí se dieron (otro tanto sucedió en Ruanda). Sin pretender aquí que Bin Laden sea un inocente corderillo (evidentemente, no parece serlo), fuera cual fuera el acto, iba a cargar con la culpa (esto también es evidente). Lo monstruoso es que su localización es prácticamente imposible y, en tal caso, la guerra resulta inútil.

El 11 de Septiembre, la economía americana atravesaba un mal momento, pero no así la de otros países y bloques. El desastre de las torres gemelas, ha arrastrado a la economía hacia abajo, pero no sólo a la americana, sino a la del resto del mundo occidental; ha justificado pérdidas de puestos de trabajo que se cuentan por miles. Ahora bien, mientras las empresas aeronáuticas europeas se hunden, las americanas son respaldadas por el gobierno de la nación (antes contra el intervencionismo); el negocio de las armas, la industria de la muerte (segunda en importancia del ranking americano), despegó con fuerza inusitada: ya se pueden probar nuevos artilugios, ya se pueden utilizar los productos que llenaban los almacenes. ¿Quién habla de esto?

El gigante americano se muestra débil ante un terrorismo que nos ataca a todos, necesita la ayuda de sus aliados para desencadenar una auténtica lucha entre culturas: la hegemónica - homogeneizadora - y las periféricas - antiglobalizadoras -, la occidental y la oriental, el cristianismo y el islam... a fin de cuentas detrás de todo esto no hay sino una negación de cualquier forma de otredad. Dicen, en una metáfora cruel, que el terrorismo es el tanque de los pobres. No estoy de acuerdo. No lo estoy porque es patente el desequilibrio entre unos tipos y otros de terroristas. ¿No es el gobierno de Estados Unidos también terrorista?: ¿quién pertechó y finan-

ció a Bin Laden sino la CIA con el objeto de desestabilizar una zona de dominio rusa?, ¿quién apoyó a los talibanes contra la URSS en Afganistán?... ¿Quién habla de esto?

Hagamos memoria:

- Estados Unidos entrenó y financió a la Contra nicaragüense en los años 80. Allí murieron más de 30.000 inocentes.
- Decenas de miles de muertos civiles son responsabilidad de la colaboración directa del gobierno americano con regímenes dictatoriales: Chile, Vietnam, Gaza, El Salvador...
- En los primeros días del conflicto iraquí, el Pentágono estimaba la muerte "colateral" de unas 10.000 personas... Son muchos más los soldados enterrados en el desierto.
- Estados Unidos ha seguido bombardeando países después de la Segunda Guerra Mundial: China (1945-46), Corea (1950-53), China (1950-53), Guatemala (1954), Indonesia (1958), Cuba (1959-60), Guatemala (1960), Congo (1964), Perú (1965), Laos (1964-73), Vietnam (1961-73), Camboya (1969-70), Guatemala (1967-69), Granada (1983), Libia (1986), El Salvador (1980), Nicaragua (1980), Panamá (1989), Iraq (1991-99), Sudán (1998), Afganistán (1998), Yugoslavia (1999) y ahora Afganistán de nuevo.

En resumidas cuentas, hay cientos de miles de víctimas que directa o indirectamente han encontrado la muerte por responsabilidad del gobierno de los Estados Unidos. ¿Quiere esto decir que los muertos tienen

distinto valor? Efectivamente, esto es exactamente lo que quiere decirse aquí y lo que, de hecho, practica el gobierno yanqui y quienes le secundan, con la connivencia de los medios de comunicación que no ponen sobre la mesa lo que verdaderamente conocen.

Es muy significativo el cambio que se ha venido operando: ya no se trata de un país que lucha contra un enemigo más o menos hipotético, sino de la lucha del Bien contra el Mal (disonancia en la que no parece haber dudas de que el Bien es Bush y el Mal es el Islam, aunque se pretenda disfrazar bajo las barbas del talibán). Este nuevo juego es muy peligroso para nuestra sociedad pretendidamente avanzada; trata de imponer la hegemonía allí donde ha venido fracasando la penetración cultural y económica: la falta de respeto por el otro lleva a Occidente hacia la aniquilación directa de toda contestación.

No podemos dejar de pensar en que todo esto, ahora solamente en los inicios, arrastra voluntades belicistas, odios y pasiones, pero, más todavía, reduce libertades y recorta bienestar social. Los despidos, no nos engañemos, no obedecen a la crisis en todos los casos: son las más de las veces un intento de conseguir beneficios a corto plazo con la justificación de un efecto. Bombardear Afganistán, un país en la miseria, prácticamente en la Edad Media, es un acto claramente desproporcionado. ¿Podía el gobierno americano garantizar que ni un solo civil moriría en los bombardeos? ¿No? En tal caso, su actividad no es menos terrorista que la de los criminales que derribaron las torres gemelas (un símbolo, no lo olvidemos, del poderío americano)

Y es que los muertos no tienen el mismo valor. Las penurias de dos tercios de la población mundial, los refugiados, la ham-

bruna, no inmutan a Bush cuando avanza hacia el libre comercio y la mundialización; esos muertos no tienen valor, no tienen nombre ni apellidos, no son, en realidad, seres humanos. Los muertos americanos, sí. Pero el gran peligro no lo están viendo los aliados, y es que sólo los muertos americanos tienen el reconocimiento de seres humanos engendrados por el Bien.

Los medios de comunicación, en el seno de este caos de falsedades, están apoyando decididamente al mejor postor, a pesar de algunas tímidas voces que se alzan aquí y allá (más aquí que allá). Se habló el día 11 de Septiembre de una realidad que superaba a la ficción de Hollywood... En un "tour de force" magistral, los propios sistemas mediáticos han mostrado su rostro innegable al convertir la masacre en un espectáculo repetido hasta la saciedad, desde todos los ángulos, buscando exclusivas a partir del vídeo del turista en la calle y situándolo al mismo nivel que el del reportero profesional. Ítem más, los homenajes a las víctimas, los actos públicos, han sido una vez más espectáculos. Hasta hace poco se decía que aquello que no aparece en los medios no existe, pero ahora habrá que añadir que no basta con aparecer, hay que "crear y consumir espectáculo": sólo existe aquello que es susceptible de convertirse en espectáculo.

¿Sólo existe aquello que es susceptible de convertirse en espectáculo? En tal caso, la guerra - silenciada - quizás no exista (tal como decía Baudrillard sobre el conflicto de Irak). Interviene en este caso la (des)información, camuflada de veracidad, que suministra al sufrido espectador la única versión posible: la del Bien, la del triunfo de la verdad y la civilización. La guerra ya no se puede mostrar en directo porque la imagen

puede atestiguar, pese a su casi agotada referencialidad, un acto no deseado, un acontecimiento singular no previsto... resulta más eficaz olvidar el referente y “crear” de la nada una nueva historia, más acorde con los deseos y pretensiones del público al otro lado del medio. En resumidas cuentas, la narración (*story*) pasa a convertirse en la única realidad posible (*history*) y se plasma en los registros de la memoria (*Historia*). No es la información lo que debe fluir para esta nueva sociedad consumista y espectacularizada, se trata tan solo de establecer el canal de comunicación y dejar pasar a través de él imágenes (no importa cuáles) que generen diversión y, cuando esto no sea posible, al menos ocupación del ocio: temporalidad. La exigencia del espectador se satisface con el espectáculo y más allá de él no queda nada tangible.

El 11 de Septiembre podría ser útil para la mente de ese espectador (des)informado y que cree a pies juntillas en las verdades audiovisuales, que está seguro de estar sobreinformado, saturado de saber; podría ser útil si comprendiera, en última instancia, que más allá de esa caja espectacular hacia la que le arrastra su pulsión escópica, sí hay una verdad inalienable: la muerte.

Retomando lo que decíamos al principio, conviene distinguir entre el pueblo americano y sus gobernantes. No es el pueblo el que sojuzga a los débiles, el que humilla y maltrata otras culturas, el que invade países, el que financia golpes de estado y forma torturadores; no es el pueblo el que ha desencadenado la guerra. Pero sí es el pueblo el que ha sido convencido de la necesidad de venganza, el que apoya las decisiones de su presidente, el que vota cuando hay elecciones y ahora ve cómo los fondos van a parar a manos de los militares. El pueblo no ac-

túa, lo hace el gobierno en su nombre, tomándolo como rehén de sus decisiones más delirantes (como dotar de fondos a la CIA para “operaciones encubiertas de asesinatos selectivos”). Y, ante todo esto, ¿qué puede decir el pueblo - siempre citado y nunca escuchado?

Tanto Bin Laden como Bush ponen en la balanza a Palestina (al pueblo palestino, una vez más), mientras Israel (otro estado con claras prácticas terroristas) sigue masacrando a la población árabe. La noticia ha pasado a segundo plano, a ese nivel en el que los muertos cuentan poco, porque en este caso, de nuevo, las medidas son dobles: ¿está en la mente de Bush incluir al estado de Israel en la lista de terroristas a erradicar? La respuesta es obvia. ¿Y quién habla de todo esto?

Callar es hoy una tremenda responsabilidad. Los medios de comunicación han optado por esta alternativa o bien satisfacen directamente las necesidades inhumanas de sus dueños reales. Esta responsabilidad les hace partícipes de las muertes. Después de estos meses, mientras las bombas caen sobre Afganistán matando a inocentes que soportan la promesa de un cambio de gobierno que les traerá la ansiada democracia, la libertad está cediendo terreno: si queremos seguridad, hemos de sacrificar libertad. ¡Que los medios nos hablen de cómo se nos va la libertad!, ¡que nos hablen de los despidos masivos, de las mentiras, de las mediocridades, de la violencia!, ¡que nos hablen tanto de la vida como de la muerte!, ¡que no callen nada!

Que los medios nos digan que otro mundo es posible, sin Bush ni Bin Laden; que nos digan cómo acabar con la miseria y el hambre, que nos digan cómo respetar a todos los pueblos y sus culturas, que nos hablen del

Bien y del Mal, que duden, que se acerquen todo lo posible a una verdad polifacética que es tan solo una promesa de vida, pero que la identifiquen como tal. Que no nos engañen de nuevo, que no contribuyan al triunfo del espectáculo de masas... y, si no es posible, o no saben (o no quieren saber), que regresen a la polla del Lequio (era menos peligrosa para nuestro futuro).